

CELCIT. Dramática Latinoamericana 291

MAL SUEÑO

Jorge Ricci

PERSONAJES: 2

ALBERTO

LUCERO

Dos hombres en un Café y Bar, en una mesa que da sobre la vidriera; y la imagen de esos mismos hombres que se refleja en un gran espejo. Por momentos, lo que se ve son los hombres; y en otros momentos, la imagen que de ellos nos devuelve el espejo. Uno puede llamarse Alberto y el otro, Lucero. Alberto tiene camisa blanca y corbata negra bajo un traje blanco. Lucero viste un traje gris, camisa verde y corbata negra. Aunque la historia parece transcurrir a fines del siglo XX, los personajes se muestran con aires de los años 50.

ALBERTO: No sé qué contarle. Tengo un vago recuerdo. Era verano. La naranjada entre mis manos y alrededor el ruido de los billares. Un cuadro pintado de modo violento. Los cuerpos, por ejemplo, eran anchos. Mi padre con su traje blanco como una montaña. Fotos en blanco y negro. Apenas algún color. Las tiras colorinches de una mascarita que, pidiendo permiso, corrió hacia el baño. La música, cómo decirle, la música era el tango pero también el foxtrot. Una mujer hermosa y un hombre de sombrero. Mi inocencia, entonces, era tal que ni imaginaba qué había en aquello. En aquella tarde de carnaval que se hacía noche en el bar de mi padre y sus amigos. ¿Qué puedo decirle de todo lo que he visto?. Lo que sé es que todo se ha perdido.

LUCERO: ¿Usted me habla de su pasado?

ALBERTO: Fácil decirlo. Pero quién sabe si es eso. Si es pasado o si es algo que se ha perdido y no se encuentra. Como las fotografías de aquellos tiempos que busco entre mis cajas y no aparecen. Hay una, sobre todo, en este bar, en esta mesa, donde está mi padre con su camisa blanca y su corbata negra rodeado de las gorras de colectiveros de Lucero, de Eráclio y de Ermácora.

LUCERO: ¿Usted me habla de otro tiempo?

ALBERTO: Otro tiempo, sí. Eso puede ser. Algo que ha quedado en otro lado. La ciudad eran veinte manzanas arboladas, cuatro boulevares por donde corrían los tranvías, un tren nocturno y dos clubes que se disputaban el ascenso y el éxito de aquellos carnavales. Yo quisiera seguir contándole pero todo se arremolina como en un clásico efecto cinematográfico y desaparece. ¿Cómo se llamaba aquella película nacional donde el viento arrastraba las hojas de los árboles y las hojas del almanaque?

(Beben de sus copas de licor. Se oye un ramalazo de tango mezclado con foxtrot.)

LUCERO: No se esfuerce. No me cuente. Me basta con estar en este lugar y ver las cosas que veían entonces.

ALBERTO: Entonces no estaban estas cosas. Eran otras ¿comprende? Este bar que en nada ha cambiado, para mi pequeña mirada era más amplio y más festivo.

LUCERO: ¡Claro! El tiempo ha pasado.

(Alberto se afloja la corbata)

ALBERTO: ¿El tiempo ha pasado? No, no sólo es eso. Ha cambiado la luz, el tono de la vida.

(Lucero se afloja la corbata)

LUCERO: ¿Cómo el tono?

ALBERTO: El tono... la fuerza de las cosas.

(Lucero se acomoda el saco)

LUCERO: Usted está mitificando.

(Alberto se acomoda el saco)

ALBERTO: No.

(Lucero se ajusta la corbata)

LUCERO: Sí. Aunque usted no lo crea.

(Alberto se ajusta la corbata)

ALBERTO: No. Aunque usted no lo crea.

(Se oye otro ramalazo de tango mezclado con foxtrot y ellos vuelven a sus copas)

ALBERTO: No es cierto lo que usted dice de mí. Como tampoco es cierto lo que yo digo de aquello. Lo único cierto en todo esto es un montón oscuro en mi cabeza. Aunque algo veo, algo entiendo... Mi padre era el que se sentaba en esta silla donde estoy y Lucero en la suya. Como verá: estamos repitiendo una escena. Somos mi padre y Lucero. Otros somos. O no somos nada.

LUCERO: Siga hablando. Algo va a aparecer.

ALBERTO: No crea. Cuanto más recuerdo es peor. La imagen se acerca tanto que estalla. Y no sé qué es, si drama o comedia.

(Lucero levanta su copa con euforia)

LUCERO: ¡Qué importa el género!

ALBERTO: Usted acaba de decir algo muy cierto.

LUCERO: ¿Qué?

(Alberto levanta su copa, imitándolo)

ALBERTO: Lo del género.

(Lucero baja su copa con tristeza. Alberto también)

LUCERO: ¿Por qué?

ALBERTO: Porque con el paso del tiempo todo se confunde y se olvida la textura.

(Lucero acomoda sus cabellos)

LUCERO: ¿Reconoce que hay paso del tiempo?

(Alberto parece despeinarse)

ALBERTO: Yo no reconozco nada.

LUCERO: Algo tiene que saber. Algo lo obliga a hablar como en una borrachera.

ALBERTO: No. No es este el discurso de un beodo. Es algo más duro. Es hablar por hablar. Como al borde de una extraña agonía.

(Lucero golpea sobre la mesa)

LUCERO: ¡Usted está loco! No puede convencerse de que habla por hablar.

(Alberto parece limpiar el lugar donde el otro ha golpeado)

ALBERTO: ¡Ojalá estuviese loco! Loco diría lo que no digo. Loco llegaría a encontrar la razón de lo que quiero decir. Yo digo pero no sé por qué. Lo mío es juego insensato. Sin conocerlo me tenté a confesarle lo más recóndito que tengo

para decir y que no puedo hacerlo... ¡Qué locura! ¿No? ¡Y sin estar loco! La locura es decir porque sí y ante quién sabe quién y en el momento más inusitado. (Ahora golpea la mesa como lo ha hecho el otro) ¿Sabe que estaba haciendo cuando usted se me acercó para pedirme información o fuego o amparo? (Otro golpe más seco, más corto) Yo estaba a punto de llorar... No sé por qué... Vi el cielo, el temblor de los árboles, el comienzo de los tiempos cálidos y, cuando me quise acordar, sentí el deseo, el antiguo deseo de llorar.

(Se hace un silencio. Lucero lo palmea con ternura. Se oye un nuevo ramalazo de tango con foxtrox)

LUCERO: Es el verano. Los intensos veranos. Los cuerpos anchos. Los colores profundos. La estridencia y la furia. El negro y el blanco. El foxtrot que se cruza con el tango. El pasado. Esto que usted insiste en llamar "aquello".

(Alberto lo toma de las solapas y, entre dulce y violento , lo arrastra hacia él).

ALBERTO: ¿Qué le pasa, Lucero?

LUCERO: ¿Cómo dijo?

ALBERTO: Usted, Lucero, como todo criollo, no conoce la añoranza, la temida nostalgia. Usted vive en un punto geográfico desde siempre y en el mojón de un tiempo que nunca se acaba. No es como yo. Yo soy carne de barcos que vienen y que van.

LUCERO: ¿Lucero era el amigo de su padre?

ALBERTO: Yo soy mi padre. Y sus amigos, mis amigos.

(Alberto le va soltando las solapas)

LUCERO. Recién lo conozco. No puedo ser su amigo.

ALBERTO: Lo es. Por eso le hablo.

(Lucero le toma las solapas)

LUCERO: ¡Delira!

ALBERTO: Medito.

LUCERO: Confunde los tiempos.

ALBERTO: ¿Hay tiempos?

LUCERO: Sino no existirían estos espejos como baúles que guardan los otros tiempos y estos tiempos, las imágenes de su padre, de Lucero, de usted, de mí.

ALBERTO: ¿Y hay espejos?

LUCERO: (Soltándole las solapas) Juegue con todo, menos con la realidad.

ALBERTO: Si la realidad está en esos espejos, yo no tengo más nada que decir.

(Lucero vuelve a tomarlo de las solapas)

LUCERO: ¡Ahora se calla! Ahora que podemos ser aquellos.

(Alberto retira las manos de Lucero de sus solapas)

ALBERTO: ¡Ahora! ¡Ahora!... ¿Quién le dijo a usted que esto es ahora?

(Lucero, por una instante, le coloca un dedo en la boca en señal de silencio)

LUCERO: ¡Cállese, Alberto!

ALBERTO: El nombre de mi padre... ¿Cómo lo sabe?

LUCERO: Soy Lucero.

ALBERTO: ¿El Negro?

LUCERO: El Negro.

(Se estrechan las manos con afecto)

ALBERTO: Vio que vivimos como en un verano perpetuo.

LUCERO: Sí, como si siempre fuese carnaval.

ALBERTO: Y los cuerpos son anchos.

LUCERO: Y los colores profundos.

ALBERTO: Con el paso del tiempo, esa época parecerá un cuadro pintado de modo violento.

(Ahora se sueltan las manos)

LUCERO: ¿Por qué?

ALBERTO: Porque esa época se va a recordar con una luz muy intensa.

LUCERO: ¿Por?

ALBERTO: Por este inocente que está a nuestro lado, Lucero.

LUCERO: ¿Qué inocente?

ALBERTO: Mi hijo. El que de chico se sentaba en una tercera silla junto a las nuestras.

LUCERO: El hijo de Alberto...

ALBERTO: La mirada de un chico es la mirada más desamparada. Una mirada donde todo se agiganta.

LUCERO: ¿Su mirada?

ALBERTO: Mi mirada.

(Largo silencio donde retorna el ramalazo entremezclado de tango y foxtrox para que ellos busquen sus copas, las alcen, brinden y beban lentamente. Mientras esto sucede, se iluminan fugazmente otras mesas del café y bar y parecen retratarse los fantasmas de entonces. Por último la luz se concentra en la mesa de los dos hombres que han comenzado a fumar y van siendo abrazados por el humo. Una vez más, la imagen va y viene de ellos al espejo y del espejo a ellos.)

ALBERTO: Ahora creo recordar. Usted, Lucero, aquella tarde de carnaval, cargaba con una gran pesadumbre. Se trataba de una desilusión, de una traición o de algo semejante. Mi rabia, recuerdo, era no poder vencer su desesperanza.

LUCERO: ¡Un tango!

ALBERTO: Sí. Sonaba un tango. De Rubinstein era. Y digo Rubinstein porque tiempo antes nos habíamos sacado una foto accidental en Rosario.

LUCERO: No. Digo que parecíamos un tango. ¡Pesadumbre, desilusión, traición y la rabia de vencer todo eso!

ALBERTO: Pero nosotros, Lucero, y esto sí lo recuerdo, dábamos la sensación de un foxtrot: calmos, solitarios.

LUCERO: Se había caído el palo mayor de un circo americano. Una fuerte tormenta. La noche anterior.

ALBERTO: Tormenta de verano. En la que usted conoció una muchacha y la perdió para siempre.

LUCERO: La muchacha se fue con usted, Alberto. Guardamos los coches en el galpón de su suegro, nos despedimos, y muchas cuerdas arriba usted se encontró con ella. Plaza se llamaba el Hotel. Estuve frente a él hasta el amanecer. Y en un

momento, me dije: "Es una cualquiera". Y me fui sin esperar verlos salir a las risotadas.

(Los dos apagan sus cigarrillos y guardan un incómodo silencio)

ALBERTO: Disculpe. Si fue así, no fue mi intención herirlo. Son cosas de la pasión.

LUCERO: Veo que lo recuerda. Sabe de qué estoy hablando.

ALBERTO: Pero de nada vale recordarlo porque ya no sé ni siquiera cuál era el perfume de esa muchacha.

LUCERO: Mire cómo son las cosas, Alberto. De ella no nos queda nada y, sin embargo, hay en mí un lugar para el rencor. Ahora, por ejemplo, quisiera cobrarme aquello. Balearlo tal vez.

ALBERTO: ¿Está armado, Lucero?

LUCERO: Nunca tuve un arma entre mis manos.

ALBERTO: ¡Mejor! El deseo es más valioso que el acto.

(Sobre el espejo se refleja una cachetada de LUCERO sobre el rostro de ALBERTO)

ALBERTO: Se equivoca, Lucero. Esa noche no guardamos los coches. Y el que partió con la muchacha fue usted. La antigua sospecha le arrebató el lugar a la certeza.

LUCERO: ¿Duda de mi congoja?

ALBERTO: Dudo de su rabia. Usted confunde su desamparo. No era yo, ni siquiera la muchacha, la causa de su desilusión. Tendrá que bucear en aquel atardecer hasta que aparezca el por qué de su rabia.

(Sobre el espejo se refleja una cachetada de ALBERTO sobre el rostro de LUCERO)

LUCERO: ¿Entonces por qué dijo: "Son cosas de la pasión"?

ALBERTO: ¿Dije eso?

LUCERO: Lo dijo

ALBERTO: ¿Yo?

LUCERO: Usted.

ALBERTO: ¿Yo o mi padre?

LUCERO: No se refugie en los vaivenes del tiempo.

ALBERTO: No me refugio, me pierdo.

LUCERO: Lo comprendo.

(El espejo los muestra en silencio. Arreglan sus ropas. Miran hacia la calle de manera borrosa. Hay otro ramalazo de tango con foxtrot)

ALBERTO: ¿Se da cuenta? Cuando miramos hacia el pasado, cada uno se aferra a su incógnita. Vuelve el montón oscuro a la memoria. Y nos queda una verdad azarosa.

LUCERO: Perdone, entonces.

ALBERTO: ¿Perdón? ¿Por qué?

LUCERO: Por la cachetada.

ALBERTO: Esas cachetadas ya están en el montón oscuro.

(LUCERO se levanta de su silla y parece partir)

ALBERTO: ¿Adónde va?

LUCERO: A seguir con mi vida. No tengo nada que hacer aquí. Ésta es su suerte y éstos son sus recuerdos. Usted es el dueño de esta encrucijada.

ALBERTO: No sea ingenuo. Un poco más allá, en otra mesa, están sus recuerdos con sus encrucijadas. El tiempo está poblado de trampas.

LUCERO: Pero, por lo menos, serán mis recuerdos. ¿Qué tengo que hacer yo en sus recuerdos? ¡No soy Lucero! ¡No soy su ayer ni su rabia!

ALBERTO: Entonces, váyase, Lucero.

LUCERO: ¡No me diga Lucero!

ALBERTO: Le diga como le diga, me sonará a Lucero.

(Lucero, RESIGNADO, vuelve a sentarse. Parece tenso. Se afloja el nudo de la corbata. Bebe velozmente de su copa y se echa sobre la mesa, como enfrentándolo a Alberto)

LUCERO: Volvamos al comienzo. Usted me decía que aquel tiempo, entre el cuarenta y el cincuenta, era inasible. Cuerpos muy anchos y blancos sobre negros que parecían perderse en una imagen fuerte.

ALBERTO: ¿Por qué vuelve al comienzo?

LUCERO: Porque comprendo que ya no voy a escapar de todo esto. Que ahora, como usted, debo develar ese montón oscuro.

(Ahora es Alberto el que se tensiona y se echa sobre Lucero. Quedan frente a frente)

ALBERTO: ¿Y qué cree? ¿Que estamos frente a un laberinto? ¿Que sólo resta encontrar la salida?. (Afloja el nudo de su corbata y bebe de su copa) No, Lucero. Son tan sólo recuerdos. No vamos a ninguna parte. Se vive, nomás, entre ellos.

LUCERO: ¡No le creo! Usted buscaba algo. ¡Anímese! Soy Lucero. ¿Qué encierra aquel recodo de aquella tarde?

ALBERTO: Nada. No más que imágenes. Todo se ha perdido.

LUCERO: ¡Mentira!

ALBERTO: ¿Qué dice?

LUCERO: Que usted está mintiendo. Aquella tarde guarda un secreto.

(Se miran con rabia por un momento, luego comienzan a distenderse. Alberto saca una foto de uno de los bolsillos de su saco y se la pasa a Lucero, quien la contempla en silencio. Es la foto de Rubinstein con Alberto. Esa foto parece reavivar la memoria de Lucero. Hay otro ramalazo de tango con foxtrot).

LUCERO: ¿Rubinstein? ¿Usted dijo Rubinstein?

ALBERTO: Rubinstein, el músico.

LUCERO: El músico, ¡sí!

ALBERTO: El músico de tango.

LUCERO: Él estaba ese día.

ALBERTO: La foto es de otra ciudad.

LUCERO: Me refiero a la tarde que guarda el secreto.

ALBERTO: ¿Él estaba esa tarde?

LUCERO: En el Bar.

ALBERTO: ¿Con nosotros?

LUCERO: Y llegó la muchacha. Se sentó en otra mesa. Los tres comenzamos a mirarla. Hasta que ella nos vio. Y comenzó a mirarnos.

ALBERTO: ¡Una muchacha en un Bar en esos tiempos?

LUCERO: Eso nos preguntamos: ¿Cómo está sola? Es de afuera, dijo Usted. De Buenos Aires, dije yo. Entonces me pertenece, dijo su amigo Rubinstein.

ALBERTO: ¿Pero si aún hoy me pregunto cómo estuve con Rubinstein en esa foto accidental?

LUCERO: Rubinstein acompañaba a la Orquesta de alguien muy famoso.

(Lucero saca una fotografía de su saco, que es tal vez de aquella orquesta, y se la pasa a Alberto que la observa con suma detención)

ALBERTO: ¿Más famoso que Rubinstein?

LUCERO: Más famoso.

ALBERTO: ¿Y por qué no recuerdo? ¿O mi padre?

LUCERO: Oiga, Alberto... En un momento Rubinstein se levantó, fue hasta el mozo y le habló al oído. Poco después, el mozo llegó hasta la muchacha y hablándole también al oído, le susurró algo, un mensaje. Usted y yo nos quedamos. Rubinstein se fue pronto y detrás la muchacha.

ALBERTO: ¿Fue con Rubinstein?

LUCERO: No lo sé.

ALBERTO: ¿No volvimos a verlo?

(Lucero saca una nueva foto y se la pasa a Alberto que vuelve a concentrarse en la imagen de un baile de carnaval)

LUCERO: Esa noche, siendo carnaval, en la Quinta de un Club de una Colectividad, tocó la Orquesta aquella y nos reunimos con Rubinstein. Estábamos en una mesa al borde de la pista. La muchacha, con un hermoso vestido acampanado y un antifaz que apenas le ocultaba la cara, se nos presentó a la distancia, como una aparición. Esa noche, que era carnaval, bailó con los tres.

(Alberto vuelca las fotografías sobre la mesa como si fueran naipes)

ALBERTO: ¿Quién era el cantor? ¡Quiero acordarme!

LUCERO: Ese cantor tiene la voz muy gruesa para el tango, debería cantar foxtrots, dijo Usted.

ALBERTO: Era alto, huesudo.

LUCERO: Los foxtrots sonarían como tangos, dijo Rubinstein, con cierta picardía.

ALBERTO: Bigote anchoa tenía.

LUCERO: (Sacando una foto del cantor y poniéndosela en sus manos) ¿Se acuerda?

ALBERTO: (Después de mirar la foto y volcarla junto a las otras). Vagamente.

LUCERO: Creo que en un momento en que él cantaba un tango nuevo sobre algo que la vida se llevó, apareció la muchacha, entre tantas parejas. Nos miraba por detrás de su antifaz y sonreía, cómplice. Usted encaró y la arrastró suavemente, hasta que se perdieron entre tantas parejas, para bailar en el centro de la pista.

(Alberto se levanta como alucinado y clava su mirada en Lucero)

ALBERTO: ¡Ese fue Rubinstein! Yo bailé después.

(Lucero también se levanta entusiasmado con Alberto, que parece haber recuperado la memoria. Los dos dialogan, entonces, con gran excitación, de pie, golpeándose el pecho uno a otro)

LUCERO: ¡Y yo fui el último! Porque ella vino a buscarme.

ALBERTO: Rubinstein bailó tangos en el centro de la pista. Conmigo bailó valeses y milongas, y por los bordes.

LUCERO: ¡Sí! Usted la llevaba tan velozmente que su vestido se abría y se cerraba. Parece una flor, me dijo Rubinstein. Yo ya bailé con la Característica: un foxtrot y un baión.

ALBERTO: ¿Y al finalizar el baile? ¿Cómo nos fuimos de ese lugar arbolado que estaba a orillas de la laguna y tan apartado del centro? ¿En taxi? ¿En tranvía?

LUCERO: ¿Cómo nos fuimos del baile?

ALBERTO: ¡Sí! ¿Juntos? ¿Separados? ¿Rubinstein se fue con el colectivo de la Orquesta? ¿Nosotros con ella? ¿O ella desapareció otra vez y quedamos solos?

(Lucero cae sobre su silla)

LUCERO: Ese es el secreto.

(Alberto se sienta muy cerca de Lucero)

ALBERTO: ¿Cómo se acuerda de tantos detalles y no se acuerda de eso?

(Un ramalazo de tango con foxtrox acompaña el recuerdo de Lucero)

LUCERO: Esa noche no guardamos los coches como dije antes, ni dejamos de guardarlos como dijo Usted. Esa noche guardamos su colectivo y nos fuimos con el mío. El vasco de mi suegro nos mata si nos ve farreando con la herramienta de trabajo, me dijo Usted entre risas. Se me hace que montamos la Orquesta, a

Rubinstein y a la muchacha, y nos fuimos con las luces encendidas hasta el Puente Colgante. Cantamos tangos junto a la laguna y la rematamos en el Hall del Hotel de la Orquesta, junto a un par de botellas de whisky que tenían los músicos.

ALBERTO: Recuérdeme un tango de los que cantamos en el puente.

LUCERO: No los recuerdo.

(Guardándole las fotos en su saco)

ALBERTO: ¡Su recuerdo es pura fantasía!

LUCERO: ¿Quién le dijo?

ALBERTO: El colectivo con las luces encendidas.

LUCERO: ¿El colectivo con las luces encendidas?

ALBERTO: Veo el coche con las luces encendidas y nos recuerdo solos y tristes yendo hacia el galpón.

LUCERO: Usted no quiere recordar esa noche. Usted no quiere volverse a ver encontrándose con la muchacha en una esquina para llevarla a otro Hotel, al Plaza.

ALBERTO: Esa muchacha no existió, Lucero. Esa tarde la imaginamos. Como imaginamos a Rubinstein y a la Orquesta famosa. El tiempo lo está engañando.

(Lucero se levanta bruscamente, lo toma de las solapas y lo levanta en vilo)

LUCERO: ¡Oiga!... Hasta acá llegó el juego. "Lucero" ¡tu madre! No sé qué vine a pedirle pero se lo devuelvo.

ALBERTO: A punto de llorar.

LUCERO: ¿Cómo dice?

ALBERTO: Que cuando Usted llegó estaba a punto de llorar. Ahora recuerdo. Tuve en la luz o en algo semejante el recuerdo de una de aquellas tardes junto a mi padre y sentí el deseo de llorar. Mi padre está muerto desde hace mucho tiempo. No sé qué fue de su amigo Lucero. Todo lo que conformaba aquel recuerdo ha desaparecido; salvo yo; pero yo tampoco soy aquel que era. Mi inmenso deseo de llorar era como cuando uno se muere de ganas de algo. Mi padre sólo es un capricho de mi memoria. El tiempo es implacable.

LUCERO: ¿Y yo qué tengo que ver? ¿Por qué me involucra en algo de lo que no fui parte? Usted es injusto conmigo.

ALBERTO: Injusto es el tiempo. (Señala hacia la calle) ¿Quiénes son todos estos para estar en lugar de aquellos?

LUCERO: Usted está preso de esa tarde.

ALBERTO: ¡Ojalá! Viviría adentro de una fotografía amarillenta y no en medio de este montón oscuro.

LUCERO: Llore entonces.

ALBERTO: No puedo.

(Lucero lo deja caer en la silla)

LUCERO: Lo dejo.

ALBERTO: Lucero...

(Lucero lo sacude con furia)

LUCERO: ¡No soy Lucero!

(Lucero lo vuelve a soltar como si fuese un muñeco)

ALBERTO: Disculpe... Creo haberlo confundido.

(Alberto, agazapado, llora en silencio)

LUCERO: ¿Por qué llora ahora?

ALBERTO: Por aquello. ¿Cómo es posible que un tiempo de colores y de sonidos tan vivos se desvanezca hacia la nada?

LUCERO: No sé

ALBERTO: Disculpe.

LUCERO: No es nada.

ALBERTO: Por el llanto, digo.

LUCERO: Sí, Sí... No es nada.

ALBERTO: Gracias.

(Lucero vuelve a sentarse como si nada hubiese pasado.)

LUCERO: Yo también tengo mi tarde y tampoco puedo con ella... No se detenga... Lucero lo escucha.

(Alberto sirve las copas. Vuelve el tango mezclado con foxtrot)

ALBERTO: La noche de aquella tarde para mí no terminó en el baile ni en el hall del Hotel bebiendo con Rubinstein y los músicos.

LUCERO: ¿Adónde quiere llevarme?

ALBERTO: Al borde de ese amanecer.

LUCERO: Cuente, entonces.

ALBERTO: Los dejamos a ellos en el Hotel, lo llevé a Lucero hasta su casa y seguí, solo, con la promesa de guardar el coche. La muchacha me esperaba en el Plaza. En eso habíamos quedado mientras bailábamos. El nochero tenía la orden de ella de dejarme entrar hasta su cuarto. No fue necesario. Me esperaba en el hall penumbroso y fumaba. Alberto, me dijo, quiero que Usted sepa que soy casada, que mi marido es un hombre anciano y tiene campos en la Provincia de Buenos Aires. Yo he venido, después de muchos años, a reencontrarme con mi familia. Ya los vi y ya me despedí de ellos. Pero quise quedarme un día más porque deseaba esta aventura en la ciudad que dejé hace mucho tiempo. Entonces, me tomó de la mano y me llevó a su cuarto, donde nos amamos como desesperados.

LUCERO: ¿Y a nadie contó esta historia increíble?

ALBERTO: Ahora olvídense de mi padre. A mí, hace unos días, me sucedió lo mismo. No tiene por qué creerme, pero estoy seguro de que yo viví lo que vivió mi padre. El mismo amor desenfrenado, una muchacha semejante con una historia en ambos casos tal vez fantaseada y el amargo sabor de haberla perdido para siempre.

LUCERO: ¿Entonces por qué la rabia de Lucero?

ALBERTO: Porque yo le hice el amor, pero el que se enamoró fue Lucero. Y un hombre enamorado es siempre alguien al borde del resentimiento.

LUCERO: ¿Pero Lucero supo lo que sucedió entre Usted y la muchacha?

ALBERTO: Elisa. Se llamaba Elisa.

LUCERO: Entre Usted y Elisa. O entre Alberto y Elisa.

ALBERTO: Las dos se llamaban Elisa.

LUCERO: ¿Supo Lucero?

ALBERTO: No supo pero lo que imaginó era exactamente igual a lo ocurrido.

LUCERO: O supo y es Usted es el que no sabe que lo supo.

ALBERTO: Da lo mismo.

LUCERO: No da lo mismo. Saberlo no es como imaginarlo.

ALBERTO: Con el paso del tiempo, lo que se imaginó y lo que se supo se confunden en el mismo montón oscuro.

LUCERO: Lo más asombroso es que las dos se llamaban Elisa.

ALBERTO: Lo más asombroso es que esos amores fugaces fueron para nosotros algo imborrable.

LUCERO: ¿Cómo lo sabe?

ALBERTO: Mi padre, en su agonía, pronunció aquel nombre que, por entonces, nosotros desconocíamos. Y yo, estoy seguro, conservaré ese nombre entre tantas cosas que se olvidan.

(Chocan las copas y beben. Luego encienden cigarrillos y fuman con parsimonia. Vuelve a oírse un ramalazo de tango mezclado con foxtrot)

ALBERTO: Después de esa tarde, antes de esa noche, mi hijo, en el viaje de regreso a nuestra casa, me dijo que a esa señora que nosotros mirábamos la esperaba un hombre en la puerta del Bar.

LUCERO: Esa tarde ¿su hijo estaba?

ALBERTO: Era alto y llevaba sombrero, dijo mi hijo, de ese hombre que la esperaba y que, aparentemente, se fue con ella.

LUCERO: ¿Entonces no fue a encontrarse con Rubinstein?

ALBERTO: Antes de que se nos acercara en el baile como una aparición o después de que bailara con todos como una endemoniada, yo creo haber visto a ese hombre corpulento y de sombrero cruzando unas palabras con ella.

LUCERO: ¿Elisa?

ALBERTO: Ella.

LUCERO: ¿En el baile de la Quinta de esa Colectividad?

ALBERTO: Con la orquesta famosa.

LUCERO: ¿Un hombre que la acompañaba?

ALBERTO: Que cruzó unas palabras.

LUCERO: ¿Pero que la esperó salir del Bar para irse con ella?

ALBERTO: Aparentemente.

LUCERO: ¡Ahora recuerdo las palabras de Rubinstein!

ALBERTO: ¿Qué palabras?

LUCERO: "No puede estar sola".

ALBERTO: ¿Dijo Rubinstein?

LUCERO: Mientras usted danzaba con ella.

ALBERTO: ¿Y por qué?

LUCERO: A estas mujeres misteriosas, agregó, siempre hay un tipo que las maneja como sonámbulas desde muy cerca o desde muy lejos.

ALBERTO: (Cómplice, al oído de Lucero) ¿Entonces hubo alguien que nos siguió los pasos?

LUCERO: (Cómplice, al oído de Alberto) . O se los seguía a ella.

ALBERTO: (Susurrante). Un cafishio.

LUCERO: (Susurrante) O un amante.

ALBERTO: (Lacónico) ¿De esos que gozan con las relaciones tortuosas?

LUCERO: (Irónico) Y con verla en los brazos de otros.

(Alberto lo levanta a Lucero y comienzan a pasearse alrededor de la mesa como si conspiraran algo)

ALBERTO: Y el Diario del día después, en la Sección Policiales, en una nota pequeña y enigmática, hablaba de la desaparición de una mujer en un Hotel que no era el Plaza ni el Hotel de la Orquesta.

LUCERO: ¿El mismo Diario donde reportaban al cantor aquél y al director de la orquesta y destacaban la presencia de Rubinstein? ¿ El de “Se acaba el carnaval y comienza la Guerra Fría” en la primera plana?

ALBERTO: ¿ Se acuerda?

LUCERO: Si se lo llevamos a Rubinstein a la Estación de Trenes cuando fuimos a despedirnos.

ALBERTO: En ese mismo tren iba el tipo de sombrero con una muchacha.

LUCERO: ¿Elisa?

ALBERTO: Otra. Más joven que ella. Y parecían apenas conocerse.

LUCERO: ¿Cómo lo recuerda?

ALBERTO: Porque en el andén, el cantor me llevó aparte, me lo señaló y me dijo: Ése es un afortunado en el amor, ayer lo vi en la pista con una hermosa muchacha y hoy lo veo con otra.

LUCERO: ¿El tipo estaba en el andén?

ALBERTO: En el tren. Sentado junto a esa muchacha. Como si hubiese llegado antes que nadie. El mismo traje y el mismo sombrero.

LUCERO: Era de Buenos Aires.

ALBERTO: De donde tal vez era Elisa.

LUCERO: ¿Y el marido anciano y los campos en la provincia?

ALBERTO: ¿Usted cree que esa mujer estaba hecha para vivir en medio de la pampa?

LUCERO: Un hacendado puede tener residencia en la gran ciudad y pasar buena parte de su tiempo en sus campos.

ALBERTO: Y residencia en ciudades extranjeras.

LUCERO: ¿Tanto?

ALBERTO: La pequeña nota del Diario decía que la mujer nunca regresó a su cuarto, que los datos con que se había registrado eran apócrifos y que su única maleta guardaba ropa de distintas capitales del mundo.

LUCERO: ¿Y el tipo del sombrero? ¿Nunca se registró o apareció por ese Hotel?

ALBERTO: Tres o cuatro días después de aquella pequeña nota enigmática, el diario volvió a sacar otra nota en policiales.

LUCERO: ¿La policía había develado algo?

ALBERTO: Nada.

LUCERO: ¿Cómo nada?

ALBERTO: Nada era el título de la brevísima gacetilla. Y decía que aparentemente aquella misteriosa mujer desaparecida podía pertenecer a una Organización de relieve que nunca llegó a operar en nuestra ciudad. La policía daba por cerrado el caso ante la falta de otras pruebas.

(Lucero se detiene y arrastra a Alberto a la mesa. Están cara a cara. Suena el ramalazo de foxtrot con tango como una lejana melodía)

LUCERO: ¿Pero con quién se acostó esa noche?

ALBERTO: Con ninguno de nosotros. Aunque a los tres nos insinuó un encuentro en el Plaza. ¿Por qué ese Hotel? Tampoco lo sé.

LUCERO: Pero usted fue el último en quedarse con ella y yo la vi entrar al Plaza.

ALBERTO: No entró.

LUCERO: ¿Por qué está tan seguro?

ALBERTO: Porque adentro la esperó Rubinstein inútilmente. Me lo confesó en el andén cuando Usted hablaba con el director de la Orquesta, el gordo de rasgos orientales.

LUCERO: Yo estaba en la esquina. No puedo equivocarme.

ALBERTO: Y yo en la otra esquina. Esperándola en el coche. Ella me pidió bajar sola, arreglar algo pendiente y volver por mí.

LUCERO: ¿Entonces?

ALBERTO: El Plaza tenía un amplio jardín al frente que casi no se veía desde las esquinas. En ese lugar desapareció. Porque ni usted, ni Rubinstein, ni yo, volvimos a verla.

LUCERO: ¿Cómo puede una mujer desaparecer en un jardín?

ALBERTO: De diversos modos. En el baúl de un coche que al rato partió silencioso o por la continuación de los jardines que daban a la otra calle.

LUCERO: ¿Y qué buscaba?

ALBERTO: Embaucarnos, comprometernos, enfrentarnos.

LUCERO: ¿Era una loca?

ALBERTO: O alguien que buscaba despistar y que nos usó por unas horas como piezas de ajedrez.

LUCERO: ¿Y el del sombrero?

ALBERTO: Al que despistaba o con quien despistaba.

LUCERO: ¿Y la otra muchacha?

ALBERTO: ¿La que lo acompañaba en el tren?

LUCERO: ¡Ésa!

ALBERTO: Pudo ser ella... Con peluca, teñida, maquillada.

LUCERO: ¿Y por qué dejar la maleta?

LUCERO: ¡Qué importa una maleta, Lucero, entre tantos enigmas!

(Se hace un silencio y luego se deja oír otro ramalazo de tango con foxtrot, de manera estruendosa. Los dos parecen gozar de esa música sin comprender de

dónde viene. Retorna el silencio. mientras se interrogan, se pelean desde sus sillas como niños, a los manotazos)

LUCERO: ¿Por qué no me contó todo esto mucho antes?

ALBERTO: Por miedo.

LUCERO: ¿A qué?

ALBERTO: A la tercera noticia que salió en el Diario un mes después.

LUCERO: ¿Hablaba de Elisa, de la maleta, del hotel?

ALBERTO: No. Hablaba de una mujer descuartizada al borde de la laguna en las afueras de la ciudad.

LUCERO: ¡La mató el del sombrero!

ALBERTO: O alguno de nosotros.

LUCERO: ¿Está delirando?

ALBERTO: Trato de recordar.

(Cesa la burda pelea. Quedan exhaustos. Se quitan los sacos y beben como sedientos)

LUCERO: ¿Usted sería capaz de matar?

ALBERTO: Ya no. Entonces, cuando éramos jóvenes, tal vez. La juventud es creerse único, Lucero... "Esa mujer me pertenece, esa idea es mía" se dice uno cuando es joven.

LUCERO: ¿Y eso lo lleva a matar?

ALBERTO: A ganar. Entonces al perder es capaz de todo.

LUCERO: ¿De quién sospecha?

ALBERTO: De mí, de usted, de Rubinstein. Los tres éramos jóvenes.

LUCERO: ¡Es grave lo que dice!

ALBERTO: ¿Grave? ¿Por qué? Hemos vivido tantos años sin saberlo que qué puede importarnos ahora si hubo un crimen y un culpable. Ni siquiera podemos imaginar si alguien lloró esta pérdida. Y si hubo alguien, desconocemos ese dolor.

LUCERO: ¿Un crimen perfecto?

ALBERTO: El crimen del tiempo. El tiempo mata la acción y también el remordimiento.

(Hay un breve silencio donde ambos aflojan los nudos de sus corbatas y arremangan sus camisas. Otro breve ramalazo de tango con foxtrot. Sus cuerpos y sus miradas están fijos en una lontananza que puede ser el pasado)

ALBERTO: El jardín que estaba por delante del Plaza debe haber tenido unos cuarenta metros de frente por unos veinte o veinticinco de profundidad.

LUCERO: Era un rectángulo.

ALBERTO: Invasado en su parte posterior por las escalinatas que llevaban a la entrada principal del Hotel.

LUCERO: Como la proa de un barco.

ALBERTO: Una "u" tan abierta hasta parecerse a una "v" corta era el sendero que servía de entrada y salida para los coches.

LUCERO: La "v" de la victoria.

ALBERTO: El resto estaba cubierto de canteros de tierra donde se encimaban las flores con las plantas y hasta algunas palmeras.

LUCERO: Una pequeña selva.

ALBERTO: Algunos de los puntos del sendero no eran visibles ni para los que pasaban por la calle ni para los que se asomaban a los ventanales del Plaza.

LUCERO: Puntos de sombra.

ALBERTO: En uno de esos puntos sombríos es posible que desapareciera una muchacha sin que nadie se entere.

LUCERO: Tierra de nadie.

ALBERTO: Sobre todo en horas de la madrugada.

LUCERO: Boca de lobo ese sendero.

ALBERTO: Para colmo el Plaza siempre fue ámbito propicio para la intriga. No sé por qué. Pero fueron esas historias oscuras, creo, la causa de su bancarrota.

(Otro ramalazo de tango con foxtrot vuelve a abrazarlos. Olvidan la lontananza y comienzan a escudriñarse con la mirada cada vez que se interrogan.)

LUCERO: ¿Desaparecer o ser atacada?

ALBERTO: Ser atacada para desaparecer.

LUCERO: ¿Y si grita?

ALBERTO: ¿Y si no grita?

LUCERO: Siempre se grita.

ALBERTO: Siempre no. Puede ser engañada o extorsionada.

LUCERO: ¿Por alguien conocido?

ALBERTO: Desconocido también. Pero si es conocido, más simple todavía.

LUCERO: ¿Quién?

ALBERTO: Imaginemos los posibles sospechosos.

(Se relajan y retoman la postura clásica de los parroquianos de cualquier bar).

LUCERO: El hombre del sombrero.

ALBERTO: El caso más cantado. Por celos, tal vez. Los dos viajaron juntos desde Buenos Aires. Excéntricos ellos, se instalaron en diferentes hoteles. Apostaron a que ella no era capaz de una aventura amorosa. Él la incentivó en la apuesta y luego no resistió el juego.

LUCERO: La rapta y la mata.

ALBERTO: La obliga intempestivamente a subir a ese coche alquilado, van hacia las afueras, discuten, forcejean, ella cae en las piedras que están junto al río y él no puede hacer nada.

LUCERO: Intenta revivirla, no lo logra, la descuartiza.

ALBERTO: Reparte sus restos por distintos sitios de la costa en lo que queda de la madrugada. Deja el auto alquilado. Vuelve a su hotel y prepara sus cosas. En las horas del día convence a la muchacha con la que había iniciado su propio juego amoroso. Y por la noche, toman el tren que los llevará a Buenos Aires.

LUCERO: Muchas pistas: el coche alquilado que es cosa rara en esa época, la ropa desaliñada y tal vez ensangrentada con la que vuelve a su hotel y, por si fuera poco, los familiares de la muchacha que ha sido prácticamente arrancada de su vida provinciana.

ALBERTO: Pasemos a Rubinstein.

LUCERO: Para Rubinstein no hubo tiempo posible. Toda la orquesta hubiese sido demasiados testigos de una ausencia tan prolongada. Además Rubinstein no tenía coche y desconocía la ciudad. No resiste como posible culpable. Rubinstein no pudo ser nunca.

ALBERTO: Quedamos usted y yo. Los dos teníamos coches, conocíamos la ciudad y teníamos suficientes razones para encegucernos por esa mujer. Una mujer así nunca habíamos conocido en provincias. Usted conserva un resentimiento de aquellos tiempos y yo hay algo que no puedo o no quiero recordar. Los dos tuvimos tiempo suficiente para hacerlo.

LUCERO: Lucero no tuvo tiempo de buscar su coche en el galpón. Tenía que cruzar media ciudad. El último sospechoso que nos queda es usted.

(Alberto se levanta de su silla. Está fuera de sí)

ALBERTO: ¿Y si así fuera? ¿Qué? Ha pasado tanto tiempo. Además usted no es el primero al que cuento esta historia. Lo hago todas las tardes frente a un extraño.

(Lucero se levanta de su silla. Fuera de sí)

LUCERO: Usted es un impostor. Ningún asesino vive de recuerdos.

ALBERTO: Supongamos que soy un antiguo asesino. Alguien que se equivocó en un instante de su vida. ¿Aceptaría usted compartir ese momento sin pretender cambiar nada?

LUCERO: Entonces su culpa pasa a ser mi culpa.

ALBERTO: Tal vez.

LUCERO: Acepto. Pese a todo.

ALBERTO: Voy a contarle por qué la maté... (Uno logra que los dos retomen la postura relajada de dos parroquianos sentados a la mesa) La maté por temor. Era tan perfecta esa noche. La luna, el aire cálido, el amor desesperado. Temí que después, al otro día, aquello se desvaneciera. No fue un crimen. Fue un modo de guardar un instante perfecto.

(Lucero se levanta de la silla calmo y seguro de sí mismo).

LUCERO: Pero esta vez se le deslizó un ínfimo detalle.

ALBERTO: (Poniéndose de pie) ¿Cuál?

LUCERO: Si tanto recuerda de aquellos tiempos de tonos violentos, recordará tal vez al comisario Juan Fernández, el que se disfrazaba de croto para entremezclarse en el mundo del hampa.

ALBERTO: ¿El que develó la misteriosa serie de los ahogados en el río Salado?

LUCERO: El mismo.

ALBERTO: ¿Y qué hay con eso?

LUCERO: Soy Juan Fernández.

ALBERTO: Y yo soy Booz, Mateo Booz, el dueño de todos los cuentos que contaron a la pequeña ciudad de la que estamos hablando. ¿Se puede inculpar al hacedor de una ficción?

LUCERO: Cuando la ficción ha sido tan bien pergeñada, todo es posible.

ALBERTO: ¡Pero no hay nombre para la víctima! ¡No hay lugar para los testigos!

LUCERO: Todo eso se encuentra. En mi oficio también hay un ámbito para las fantasías.

ALBERTO: No se puede culpar a alguien que tan sólo fábula.

LUCERO: Se puede culpar a cualquiera que tenga una culpa. Y usted la tiene.

ALBERTO: ¿Y me va a arrestar?

LUCERO: Hoy me preguntó si lo iba a balear y le dije que no estaba armado. Ahora le digo que estoy armado pero no lo voy a arrestar.

ALBERTO: ¿Por qué no?

LUCERO: Porque no se lo merece. Narra de manera incierta.

ALBERTO: ¿Qué derecho tiene usted para juzgar mi escritura?

LUCERO: El mismo derecho que tuvo usted para transformarme en uno de sus personajes.

ALBERTO: No soporto su indiferencia.

LUCERO: Es el riesgo de todo protagonista: Cansar al espectador.

ALBERTO: ¿Lo aburro?

LUCERO: No. Dejé de interesarme.

(Lucero y Alberto vuelven a sentarse. Alberto se pasa la mano sobre el rostro como si se quitara una máscara. Lucero lo observa extrañado. Alberto lo invita a beber. Beben)

ALBERTO: Esto que voy a decirle tiene que importarle. Yo maté a esa mujer. No estaban ni Rubinstein ni Lucero en los alrededores del Plaza. Ella y yo tampoco llegamos a entrar. Volvimos hacia las orillas de la laguna y nos amamos en el coche. Después la maté. Me pedía que la ahorcara, que la ahorcara. Era un juego suicida. Y yo la ahorqué y la ahorqué como extraviado en ese juego. Cuando noté

que estaba muerta, ya era tarde. Luego vino todo lo demás. La hice desaparecer por un buen tiempo. Cuando la encontraron ya no era nadie. Salvo para el hombre del sombrero que nunca volvió a la ciudad. (Estira sus brazos como para que le coloque las esposas). Ahora sí puede arrestarme.

LUCERO: Mire, Alberto...

(Alberto se levanta como un resorte)

ALBERTO: ¡No me llamo Alberto!

(Lucero también se levanta velozmente)

LUCERO: ¡Yo tampoco soy policía! Pero si lo fuera no lo denunciaría porque toda acción, buena o mala, con el tiempo se borra.

ALBERTO: Eso es cierto. Tan cierto como el montón oscuro.

(Breve silencio donde vuelven a sentarse agotados)

LUCERO: ¿Por qué pretende ser el protagonista de ese día? ¿Quién se cree? ¡Usted es el que la amó! ¡Usted es el que la mató! ¿Por qué todo lo mejor de ese día es para usted?

ALBERTO: Porque me he adueñado de ese montón oscuro y deseo desentrañarlo. ¿Acaso hago algún daño con esto? Si le estoy quitando el lugar a un amante o a un asesino, tan sólo lo hago en una mesa perdida en el tiempo y entre dos hombres que divagan oscuramente.

LUCERO: Nadie puede apropiarse de los actos ajenos.

ALBERTO: Se equivoca. El pasado es de quien lo busca.

LUCERO: ¿Aunque no lo encuentre?

ALBERTO: Aunque no lo encuentre.

(El ramalazo de tango mezclado con foxtrot se prolonga más de la cuenta. Inmóviles y agotados, ellos parecen dos figuras fantasmales sobre el espejo solitario)

LUCERO: ¿Sabe qué siento por usted? Envidia. Mucha envidia. Porque con el paso de los años, lo único que se mantiene intacto es la mente. Y usted guarda allí una vida más intensa que la vivida. ¡Qué importa si hubo una tarde, un carnaval, una mujer, una orquesta, un músico que se llamaba Rubinstein, un tipo con sombrero, unos coches, un galpón y un asesinato! Lo que importa ahora es la fábula que usted arma con aquello. Debo confesarle algo, cuando me acerqué a su mesa, no buscaba nada de lo que usted imaginó, hice una apuesta con los amigos del Bar, les dije que yo iba a meterme en su mundo de papel y lápiz y lo iba a sacar de las casillas. Pero no fue así. Ahora el que terminó saliendo de las casillas soy yo.

ALBERTO: No crea, Lucero. No es grato imaginar lo que no se ha sabido vivir.

LUCERO: Ya le dije que no soy Lucero.

ALBERTO: Si, Lucero, ya me lo dijo.

LUCERO: ¿Entonces para qué insiste?

ALBERTO: Porque lo he estado esperando todo este tiempo para que confiese su crimen.

LUCERO: ¿Qué crimen?

ALBERTO: El crimen de Elisa.

LUCERO: Bueno ya le reconocí su talento, ahora déjese de joder con esa fábula.

ALBERTO: Usted la mató. Y ellos también lo saben.

LUCERO: ¿De qué habla?

ALBERTO: De todos los que aquí se han nombrado.

(Se van iluminando otras mesas donde está la orquesta, el cantor, Rubinstein, el hombre del sombrero, un niño y la misma Elisa. Quedan como mudos testigos, como antiguas fotografías)

ALBERTO: Usted no guardó el coche hasta pasada la madrugada.

LUCERO: ¿Pero qué está diciendo?

ALBERTO: Lo supe por el sereno de la empresa.

LUCERO: ¿Qué empresa?

ALBERTO: En las noches de carnaval él dormía en el Galpón.

LUCERO: ¿De qué sereno me habla?

ALBERTO: Usted llegó con la mañana y lavó el interior del coche en silencio. Después guardó las cosas de la limpieza y desapareció como un ladrón. El hombre reconoció su tos y siguió sus movimientos desde el catre. Cuando usted partió. Él se metió en el coche y descubrió el bulbo del agua sobre el piso y sobre los primeros asientos. Al otro día, me lo contó extrañado pero sabiendo que estaba develando un secreto. Yo no le dije ni una palabra. Busqué a Elisa en su Hotel y supe que nunca había llegado. Tampoco llegó al Plaza para encontrarse conmigo. Alguien, usted, le cerró el paso y acabó con ella

LUCERO: (Con ironía) Vaya y denúncielo a Lucero. El que está frente a Usted es un testigo casual de su delirio y no la causa textual de su delirio

ALBERTO: (Ajeno a todo) Lo siento. Ya he tirado muchas páginas por culpa de otros desconocidos. Y esta historia, como todo lo que se cuenta, necesita un final. Y a Usted lo imaginé Lucero. (Saca un arma) Espero su confesión.

(El ramalazo del tango mezclado con el foxtrot vuelve a aparecer como un grito)

LUCERO: ¡Esa música! ¡Esa música me persigue como una premonición. ¡Usted es el que me quiere volver loco! ¡Me está queriendo atrapar en una trama que desconozco! ¡Usted y su música!... Está bien, si eso es lo que busca, yo la maté. Yo ¡Lucero! (Lloroso) Era tan bella. La quise para mí aunque a sabiendas de que era una pretensión desmesurada. Esa mujer no era para un criollo apellidado Lucero. Esa mujer fue de Alberto desde el primer momento de esa borrosa tarde.

(Alberto le parte el pecho de un disparo y Lucero cae muerto. Luego guarda el arma. Mira a las antiguas fotografías y se pone a escribir)

ALBERTO: (Mientras escribe). Todos son iguales, se niegan a darnos un final. Y entonces hay que matarlos para que no nos dejen pensando como personajes de una historia inconclusa.

(La luz se desvanece sobre las antiguas fotografías. Lucero se levanta como si nada).

LUCERO: ¿Así está bien?

ALBERTO: Sí, sí, vaya nomás.

LUCERO: Perdone... Una última pregunta.

ALBERTO: (Sin dejar de escribir) Lo escucho, amigo.

LUCERO: Elisa... ¿existió?

ALBERTO: Tal vez. Como tantas otras cosas.

LUCERO: ¿Y quién la mató?

ALBERTO: Yo creo que ninguno de nosotros. Es más, nadie. Estará en algún lugar o aquí mismo sin que nosotros nos demos cuenta.

LUCERO: ¿Y por qué esa búsqueda desenfrenada de un culpable?

ALBERTO: (Escribiendo) Porque el pasado no es nada, Lucero. Un mal sueño. Una de esas antiguas fotografías amarillentas donde se ve una escena borrosa y sobre ella uno imagina acontecimientos: una calurosa tarde de carnaval, una vieja amistad de transportistas, la presencia de un famoso compositor de tangos o el crimen de una mujer deseada.

LUCERO: Comprendo... ¡fantasías!

ALBERTO: (Detiene su escritura. Lo mira). Algo así, Lucero.

LUCERO: Bueno, Alberto... Voy a dejarlo.

ALBERTO: Vaya nomás.

LUCERO: Adiós.

ALBERTO: Adiós, Lucero.

LUCERO: Adiós, Alberto.

(Lucero sale hacia la calle. Las otras mesas vuelven a iluminarse; allí están todos los que estaban y también Lucero. Alberto, solo en su mesa, vuelve a la escritura. El espejo también nos muestra su imagen solitaria. El tango mezclado con foxtrot abraza a todo el ámbito).

ALBERTO: (Dice para sí) Vamos a escribir ese mal sueño. (Escribe y dice lentamente) El hombre ése, llamado Alberto, o su hijo, o alguien que ocupaba su silla, sintieron que lo que buscaban contar era un montón oscuro o un mal sueño.

(La luz y la música van descendiendo lentamente y la última imagen es la de Alberto que se pierde en el espejo).

Jorge Ricci. Correo electrónico: riccijorge@fibertel.com.ar

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar